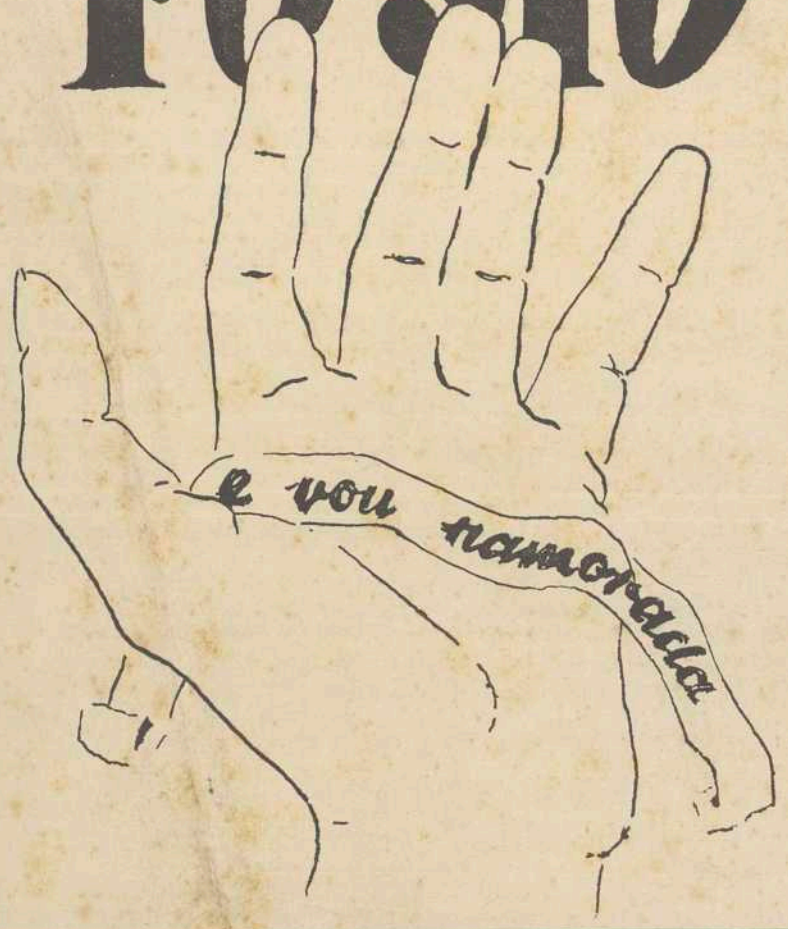


- Public 2993

POSIO



1

ORENSE
JULIO
1945

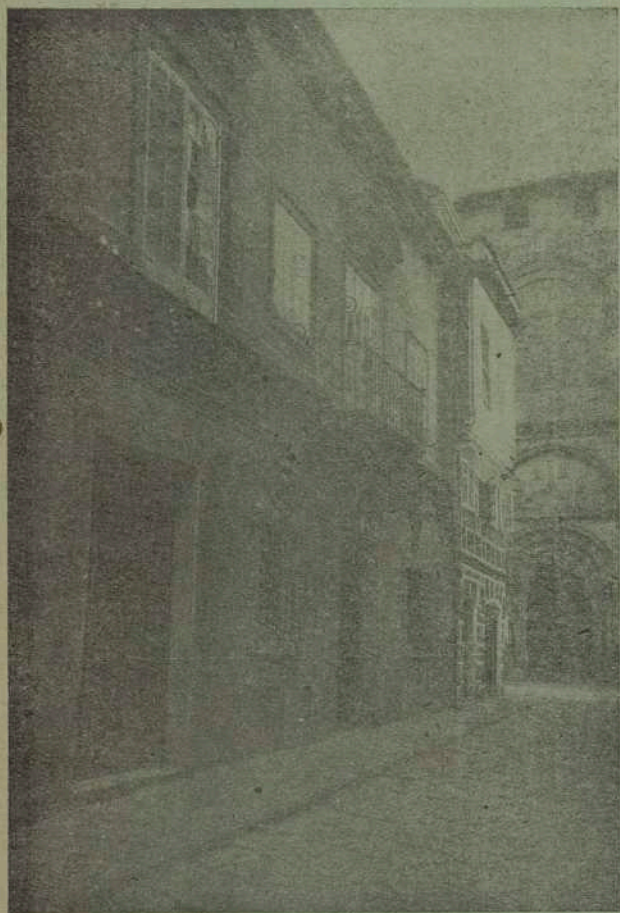
S U M A R I O

- BAJO LOS PIES DE ATÉ.*
AL FINAL. -- Pura Vázquez.
POSIO. -- Santiago Amaral.
PARIS. -- José M. Castroviejo.
EL MITO DE LAS MADRES. -- Vicente Risco.
DESPUES DEL ALMA. -- Enrique Azcoaga.
DE CATRO A CATRO. -- Manuel Antonio.
MADRIGAL DESESPERADO. -- José G. Nieto.
HE DE MORIRME EN LA MAR MAYOR. -- José
L. Varela.
SONETO. -- PLAZA DEL TRIGO. -- Alfonso Alcaraz.
DECIMAS A UNA ALUCINACIÓN DE OJOS. -- Se-
gundo Alvarado.
RAMONCITO Y CARMELITA. -- Segundo F. Covelo.

Portada de "PEROXA". -- Linóleos de ELIZALDE.

DIRECTOR: JOSÉ LUIS VARELA
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: TIENDAS, 9 Y 11 - ORENSE

1



COLEGIO
CARDENAL
CISNEROS

ORENSE

B
A
C
H
I
L
L
E
R
A
T
O



P
R
I
M
E
R
A
E
N
S
E
Ñ
A
N
Z
A

COLEGIO CARDENAL CISNEROS

LEGALMENTE RECONOCIDO

POESÍA

1

BAJO LOS PIES DE ATÉ

«Si hay algún otro momento de la vida, amigo Sócrates, en que pueda decirse que hay vida verdadera para el hombre, es en éste en que contemplo la belleza en sí misma».—PLATÓN.

Por lo profunda y delicada, intangible y múltiple, y milagrosa, Poesía es Maternidad. Inspiración es, pues, Fecundación.

Allá en el túnel remotísimo de las edades, Dios señaló con su índice temible y amoroso el vientre de la Mujer, y le dijo: "Tú, Mujer, serás Madre; engendrarás de éste Tu cuerpo un nuevo cuerpo que siga por su vida y con su vida bendiciendo mi obra". Y su vientre fructificó. Y a la hija de la Madre, cuando ésta se había rendido a la fuerza de atracción de la Tierra, tal un fruto que cae, dijo, señalando la tierna turgencia de su vientre: "Serás tú también Madre, para que añadas nuevos eslabones a la cadena de la que tengo en mi mano el fin y el principio, como una comba".

Pues así al Poeta. Dios le vió su cara triste, de hijo interrogante ante el Destino—pues él no era nudo en la cadena, pues él no podía ser fecundado—y se apiadó el Señor de él. Y le llevó estas sus pupilas de la faz, y esta su sonrisa industrializada, y le regaló otra faz para ir por esta vida viviendo y cantando la otra remotísima.

Y le regaló muchos caminos para llegar hasta Él, pues era hijo de su Albedrío. Unos, clamantes, ya han alcanzado los pliegos de su túnica rozando el camino de la Locura; otros, gimientes, por el de la Melancolía; otros, sus predilectos, por el del Amor. Otros se entretuvieron en el camino cogiendo zarzamoras.

Es hermosísimo, creedme, ver avanzar por el mundo esta ingente concentración de cabezas amantes, fecundando a su paso el aire innumerable con sus cantos, hacia Él. Aunque ellos no lo sepan. Por encima de sus cabezas febriles es hermoso el ver volar serenamente, como palomas, los pies leves de Até, diosa delicada, según Homero, el ciego: "Sus pies son delicados porque jamás los posa sobre la tierra pues marcha pisando la cabeza de los hombres".

A L F I N A L

*M*is ojos buscarán, cuando me muera,
la paz de un cementerio campesino,
y su valle será para mi sombra
la rosa compañera de los muertos.
Le buscarán mis ojos. Y, al cerrarse,
abarcarán su sol de amanecida
que sellará mis párpados. Un sueño
remansará su voz en mis pupilas
y un lirio pensativo será el nido
de mi lograda soledad. La noche
—la eterna noche negra, prometida—
no asustará los ramos de mi sangre
germinando en la tierra en saviás nuevas.

Quiero para mi paz la sombra amiga
de los galaicos pinos aldeanos,
de los pinos que fueron centinelas
de mis barcos de amor. Quiero su viento
llevándome el sollozo de las horas
hasta el cerrado mar de mi silencio.
Y mis ojos cerrados a los astros
y abiertos al descanso de la vida,
verán el palpitar de las violetas
en los prados eternos y, en el monte,
las campanillas rubias, las pequeñas
margaritas que amé más que a las rosas.

Quiero toda esta humilde compañía
en presencia de amor, casto tributo
a la ternura vieja de cantarle,
al borde de mi sueño arrodillada.
Y en el espacio el sol, gozo y sonrisa,
caridad en mis labios apretados.

Cernido en claridad su quieto río,
la eternidad belándome la frente.

P U R A V Á Z Q U E Z

P O S / O

«Dans le vieux parc solitaire et glacé

Deux ombres...»

Sí, no reparamos en inclinar sobre lo actual el vaso cenotafo de los pétalos casi inmateliales de un único otoño. Pero cuidado con esa mórbida voluptuosidad de los bibliotecarios.

Todo consiste en medida y oportunidad. Al volver las hojas de la "Corona fúnebre" como las de Aurelio Aguirre o Teodosio Vesteiro Torres, del jardín, con demasiada lentitud pudiera transparentarse el perfil de la calavera o la huella del dedo del diablo, viejo escribano que lee despacio, y hasta encenderse en chispas la seda de unos volantes de cuando "eléctrico" y "fosfórico" eran lo fatal, vertiginoso e irremediable del amor. Y esto hubiera sonrojado a una joven Revista, candidez de álamo, no de magnolia cuya carnosidad tiende pronto a ese dorado de los escotes exhibidos en intención.

Algunas mañanas la fuente del Posío, cristalizada lámpara de prismas y cuellos de cisne de salón de minuettos, escarchado racimo de Pléyades de un universo de anhelados absolutos, nos hacía soñar en las estancias de algún vago Banville y odiar ferozmente al "Divino" Herrera, don Alberto Lista y la farmacoepa de la epanadiplosis y las figuras de pensamiento.

—"Aquí el coronel Ortega pasó por las armas a muchos facciosos; después le fusilaron a él en San Carlos de la Rápita al pretender instaurar el carlismo"—decían unos viejos muy viejos que recordaban a Barros Sibelo, cantar el himno de Riego en el Teatro de la calle de la Paz.

Han caído los olmos de pompas otoñales de retablo barroco, chantres de las Vísperas de noviembre, no existe el kiosco del jardín botánico y solo algunas araucarias a lo Jussieu y aquellas palmeras plantadas por D. Luis Vallejo, tal vez recordando a Heine. Ahora, en el exotismo de las pérgolas, el pavo real se abate con la indolencia suntuosa y abolida de la estrofa de Remy de Gourmont.

Había un banco donde según D. Julio Cuevillas se sentaban todos los que percibían en la irregularidad del palpitar la advertencia de la muerte.

Debía inaugurarse en el Posío una lápida en recuerdo "aere perennius" de nuestros queridos clásicos orensanos los señores de la Comisión de Monumentos. Una tarde llegaron todos al Posío cortando ramos de "néveda" para un magosto. El alma de Indacio aprobó desde su villa aquiflaviense del cielo y todo el Jardín se llenó de campiña.

Fué continuación del Casino de Caballeros en las tardes de jueves y domingos. Silva y endecasílabo libre del pasear reglado de los señores entre dos orillas, dos márgenes del pueblo atento, coro de ópera, la resonancia a veces del panfleto. Era exigente el lenguaje de las antucas y el doctrinarismo de los sombreros de copa. Más tarde, alguna vez la fiesta de las serpentinas sorprendida por una humorista lluvia, concedió al Posío la belleza levemente angustiosa de una Venecia pierrotesca.

El sobresalto de la visita del cólera morbo asiático plenipotenciario de la muerte del Ganges, y la carretera de Villacastín a Vigo, son contemporáneos del Jardín, monumento del siglo XIX, rumbo Sur de Orense, extraño a la atracción del Puente y del Miño, "Heraldo Orensano", parroquia de la Trinidad. Gustan de juntarse en el Posío las golondrinas antes de marchar y hay mañanas de tempranos mirlos aquietadoras como ciertas páginas del Abate de St. Pierre.

¿Demasiado literatura? Sí, pero es inevitable. Es el siglo XIX. Y el meridiano de Orense. Allí está la piedra que señala las coordenadas de nuestra ciudad.

Un amigo nuestro siempre que entraba en el Posío alzaba mucho las piernas para no tocar el hilo tenso del meridiano.

S A N T I A G O A M A R A L

P A R Í S

Il fait noir
Il fait nuit
Il fait nuit noire a Paris.

PHILIPPE SOUPAULT

Y ese olor a Sena, acacia y cocina, de qué me sirvió...?
Ved cuatro puntos: un tejado en declive, una glicina asténica,
un color de malva, y un gato.

He aquí París.

*Pero algo ha pasado bajo sus puentes
Algo que es más poderoso que los banqueros y la torre Eiffel.
Algo que hace estremecer, a las doce en punto de la noche,
a las piedras tremendas de Nôtre Dame
Algo que ahogó una sonrisa que era ya escorzo solamente
La sonrisa de las últimas flores en el estanque,
Los últimos mirtos, los últimos gestos y las últimas manos...
Ahora solo te restan gestos apresurados
Gestos que van a marcar, que ya han marcado,
El estallido de los ebonibos en flor,
Enterrados bajo la arena cegadora,
Bajo un naufragio de viejos libros
Que no saben, desdichadamente, nadar en tu Sena
Sumergidos sin posible emergencia...
Desde la otra orilla el mundo gira
las piedras, rotas en el aire, gritan
Alguien hace señales
Y llama, desesperadamente
De pronto, en el alba de derrumbamientos,
Un postrer estallido amarillo,
Que hace estallar todos los búcaros
¡PARIS!*

J O S E M . ^a C A S T R O V I E J O

EL MITO DE LAS MADRES

En los momentos decisivos del mundo, cuando la ciencia no nos dice nada, y nunca nos lo dice, hay que acudir a los mitos. Los mitos vienen de lo más profundo de la memoria humana. Están en el seno de las Madres.

Se dice que las Madres fueron adoradas en Galicia, en la noche de los tiempos, y aunque todos se figuran conocerlas, acaso se equivoquen.

Fausto fué a buscarlas armado de una llave de oro y guiado por un trípode incandescente. Para ello tuvo que viajar hacia lo profundo, que no tiene que estar necesariamente abajo, pues también hay sacos de carbón en el Cielo.

Muchos creen que las Madres son claras y razonables como las Musas, pero el poeta que se deja guiar por la Musas no pasa de cierto límite trazado con regla y compás.

En cambio, si preguntáis en el monte Dicteo, o en las rocas de Kissuvadna, lo que os digan de las Madres os hará temblar. Allí no hay más que Musas despavoridas y sin aliento. ¿Cómo eran, pues, las Madres Galaicas?

Por qué dijo Hegel que la verdad es el torbellino de las bacantes?

Es que las Musas no son Madres, sino hijas. Es que el mundo es contradictorio en sí, y por eso hay sátiros y centauros. Antes del Diluvio había hombre-grullas, en la Mesopotamia, y algunos debieron salvarse en el Arca de Noé, con el Fénix, y otros animales que creemos desaparecidos, cuando en tiempo de las Cruzadas los encontró, hacia la Etiopía, el Duque Ernesto.

Las Madres conservan en su seno todas estas verdades. Para encontrarlas, basta retroceder con la memoria hasta los orígenes, que es el único modo de adelantar.

Esto lo hace en la India cualquier buen discípulo de Yoga, mas, para hacerlo en Occidente, hace falta estar loco como Hölderlin.

Sin embargo, ello no es ya un secreto para nosotros; solo hay la distancia que va de la teoría a la práctica.

Si hemos hecho reñir al teorema con el mito, la culpa es nuestra. Donde se sabe que ambos han salido de la caverna de las Madres, o de los los sacos de carbón del cielo, no es tanto el peligro.

El peligro es, siempre, perder el sentido de las formas y el asidero con lo invisible.

V I C E N T E R I S C O

DESPUES DEL ALMA

*P*ASADA la alegría, el alma advierte
que es «sola», que es «después», que es triste y pura
quejumbre desvelada, y que madura
lejos de sí, muy cerca de la muerte.

Que es lágrima y silencio, que no hay fuerte
reír porque no hay dicha ni ventura
capaces de encauzar su desventura
de espaldas al mandato de la muerte.

Que estoja con silencio de oro el vuelo
perenne de su salmo, mientras late
por quien palpita en balde, por quien muere.

Y que el destierro eterno de su duelo
solo se colma pleno en el rescate
del hombre que su espanto considere.

E N R I Q U E A Z , C O A G A

“DE CATRO A CATRO” HAGE GUARDIA EL MEJOR POETA DEL MAR

MANUEL ANTONIO



FRAGATA VELLA

Tel-os ollos distantes
decorados de rostros xoviaes
que os vellos mariñeiros
permutaron pol-os climas antípodas

Levas no leme
un pulo de brazos tensos
que retorceron os largacíos
horizontes d'o mar

O vento
atortorando
desfollou d'os velamios
outonos de mocedades

Mercabas colares circunmeridiáns
n-os bazares d'estrelas
Amarrabas faros dispersos
c'o simblador calabrote d'o ronsel
Floreceches n-o Mar
primaveiras amargas
de foulas e escamallos

Inda que o vento encalme
tremela n-as tuas velas
unha ráfega de trasmigracións.

N-ese teu corazón innumerabel
tamen enchen e debalan
as mareas d'o meu corazón.



Fomos ficando sós
o Mar o barco e mais nós

Roubaron-nos o Sol
O paquebote esmaltado
que cosía con liñas de fume
áxiles cadros sin marco

Roubaron-nos o vento
Aquel veleiro que se evadeu
pol-a corda floxa d'o horizonte

Este océano desatracou d'as costas
e os ventos d'a Roseta
ourentaronse ao esquenzo
As nosas soedades
veñen de tan lonxe
como as horas d'o reloxe
Pero tamén sabemos a manobra
d'os navíos que fondean
a sotavento d'unha singladura

N-o cuadrante estantío d'as estrelas
ficou parada esta hora:
O cadavre d'o Mar
fixo d'o barco un cadaleito

Fume de pipa Saudade
Noite Silenzo Frío
E fincamos nós sós
sin o Mar e sin o barco
nós.



ECALADA

Atoparemos n-o peirán
as follas evadidas
d'o almanaque dos nosos soños

As novas rúas de sempre
eishibirán o escaparate
das mesmas noivas inéditas

Fumaremos n-as pipas despeitivas
todal-as transeutes
hostilidades mudas

O vaso desbicado n-outro porto
remataremol-o eiquí no mesmo bar-
cabo do mariñeiro desconecido

que nos repite a mesma
ubicua sorriso loira

N-os burdeles xa saben
que a nosa moeda
ten o anverso de ouro
e o reverso sentimental

Os ecos imprevistos
d'o noso cantar sonámbulo
apagarán os focos d'a madrugada

Mañan despertaremos
n-a ausencia d'esta xornada

Esquivóusse unha folla
d'o diario efusivo
Eramol-os espeutadores
n-a prestidixitación
d'unha hora artificial.



DEUS

Antre a calima
traspondo o meu ollar
esquivóuse o velamio
Deixou-nos a badía
chea d'a sua ausencia
e a mañán sin perspeitiva

Agora en terra
arredado de min mesmo
por un océano de singladuras
o vento d'a Ría
vai virando a folla de cada emoción

- O Sol indiferente
Sirena aguardentosa dos vapores
Un retrato de fume
n-o rompeolas d'a paisaxe
Os engranaxes d'a grua
esmoen a mañán morna-

Debaixo d'os meus pasos
xurde o ronsel d'a Vila natal
Ela c'os brazos cheos de sono
teima salvar-me d'un naufraxo antigo
E os meus ouvidos incautos
queren dormir n-o colo
d'as cantigas vellas

Eu cacheaba todol-os segredos
d'as miñas mans valdeiras
porque algo foi que se me perdeu n-o Mar

...alguén que chora dentro de mín
por aquel outro eu
que se vai no veleiro

pra sempre
coma un morto
c'o peso eterno de todol-os adeuses.

Manuel Antonio fué el silencio entre los hombres porque era la voz del mar. — Llevaba una cara palidísima, unos ojos de cristal lejano, y un jersey de alta gola de punto, y una pipa humeante, tal un desarraigado lobo en puerto. Parapetada tras su pipa deshecha, desflecada en humos levemente azules, mantenía su tierna timidez, asediada por los estertores brutales del mundo, del mundo de la Tierra. Entonces decía que la brisa mareira le deshojaba los pétalos de cada emoción, por no casar «ilusión» con «corazón» tal un vate elegante del siglo diecinueve, tan amado, y para olvidar. — Por no ser marino varado, murió en un alto mar de espumas frescas, en una goleta de cristal, clavado en su puesto de guardia, de cuatro a cuatro.—V.

MADRIGAL DESESPERADO

*El silencio es un lobo
solitario y en guardia
que se nutre un momento
sólo de mis pisadas.
El silencio es un árbol
derribado y sin ramas
que señala ese punto
donde la tierra acaba.*

*Dónde están nuestros besos
cuando ya no son nada;
dónde estarán las manos
con que te acariciaba;
dónde irán sin remedio
a morir mis palabras.*

J O S É G A R C Í A N I E T O

HE DE MORIRME EN LA MAR MAYOR

(Adagio lamentoso de la pastora
que no encuentra a su amado en
la ermita de San Simón)

Para MARIA MARIANI PADULA

Han ido pasando, con lentitud de abadesas obesas, nubes de forma cambiante animadas de lejana inspiración, para el oeste, para la mar mayor. La atardecida naranja se consume pausadamente, litúrgicamente, como un mortecino cirio parpadeante. El cielo es tierno, translúcido, de uva.

Del mar viene un viento ondulado que mece lentamente el maíz. Cabe un cesto, quejosa, frágil, sensitiva, hace confidencias la pastora al viento que le lleva las trenzas loiras, y no lleva, ay, nuevas a su amigo.

—“No, ni aunque me traiga, rendido, cintas de Rocamador, ni paños del Cambray; que yo no vuelvo a la ermita de San Simón en romería, no. ¿Sabeis? Pues fuí por la noche, sólo, loca de mí, a buscar al amado a la ermita. Por el camino ladraban los canes como diablos, me silbaba el viento en las trenzas, el mar mugía como una vaca gigante y la luna me engañaba el sendero... ¡Ay, Dios, que cuidé no llegar viva, que los folgos los dejé en camino!

Pero estos eran males menores, amigo. ¿Y las imaginaciones mil que en el camino me asaltaron? La luna, sí, esa fué, la causa de mis desventuras. A veces reía como una bruja vieja, a veces era la tonsura del cura, a veces la rueda aquella del molino de Fontemouros que mató a Mendiño... Con tantas cavilaciones, desesperanzas, sofocos agobiantes caminaba, que ora tropezaba aquí, ora allá caía con todos mis tiernos abriles recientes, ora sumergía mi pierna en el lodo del camino negro, serpenteante, más difícil de seguir que un gato...

¿Y por qué había de abandonar los fueros de mi casa en noche de romería libertina, por la veleidad del amado, ahora divertido al son de organistro y viola, ahora movido por distintos aires de música en torno a la ermita y mozas sonrientes?... ¡Ay, Dios, el amor venado!

Reposé un momento mi sofoco en huerto ajeno. Era muy bella la noche, y las estrellas rutilaban como pomas pendulantes. La huerta era amena, y la brisa, graciosamente repartida, leve, trascendida a rosa caliente, viajaba mi cuerpo sofocado en una caricia multiplicada, confidente, reparadora. Soltaba su espiral dolida un mirlo silbante desde la higuera que me cobijaba, muerto, como yo, de amor al amado.

Entonces reanudé la jornada y entonces dió mi corazón un brinco, una campanada que debió de oirse desde la aldea: la música de la romería, el bullicio de la gente alegre acaba-

ba de ofrecérsese en un rumor compacto y agromado como un hervir inmenso... Apuré el paso, a tientas corrí...

La ermita era concurridísima de gentes diversas y diversos instrumentos músicos sonantes en la noche tierna, mientras batía el mar, mientras brincaba la luna aldeana allá en su cielo. Los grupos eran indistintos en la penumbra, y unidos los amados con las amadas, danzaban locamente cogidos, musicalmente enajenados, olvidados del dolor circundante... Corría de aquí para allí, intentaba detenerles en la carrera de su locura feliz, asirles en el descanso, y clavarles en su felicidad mi dolorosa soledad.

—*¿Sabéis nuevas de mi amado?*

Pero el nuevo aire de la nueva pieza les reclamaba, y seguían locos en su cielo, transfundiendo sus mundos por las pupilas tiernas, siendo un solo ser los dos, cogidos, sin dejar de ser dos incompletos... Corría a otro grupo bullicioso, a otro mundo:

—*¿Sabeis nuevas de mi amado?*

Y ya, amigos, desfalleciente, penando mi honda desventura, entré en la capilla y me sumergí en el profundísimo seno de María Virgen, mientras rebotaban como olas, en la pared, en mis sienes, el bullicio, las risas, los sonos de la romería, y yo recordaba a mi amado. ¿Sabeis?

*Estando na ermida ante o altar
cercaron-me as ondas grandes do mar;
eu atendendo meu amigo.*

Era la mía una tristura profunda, sin orillas, sin márgenes, negra como un mar, amigos; como un mar fabuloso que con ondas abismales avanzara, y tratara de ahogarme, rodeándome, en mareas eternamente sucesivas, insufribles. (Y el bullicio lo hacía mayor, mayor las risas rotas que recibía, mayor las músicas).

*E cercaron-me as ondas que grandes son,
e non ei barqueiro nen remador.*

Ni barquero que salva me llevase en su barca de caricias tenues ni barca grácil que despejara mi agobio, un agobio cuajado de agudos chillidos mudos, perforantes. Y así, amigos, por mal de amado, penando en mi mar, me dije:

morrer ei, fremosa, no mar mayor.

Hermosa, me he de morir en la mar mayor como una flor sorprendida por primavera prematura.

No; aunque el amado me traiga, rendido, cintas de Rocamador y paños del Cambray, yo no vuelvo a la ermita de San Simón en romería, no."

Y calló la pastora, escondida como estaba en un mar de centeno y de panochas lentamente mecidas, ante las olas azules, alegres para los que no tienen su corazón al otro lado del mar.

J O S É L U I S V A R E L A

SONETO

PARA ALGUIEN CON GAFAS NEGRAS

*N*ACE la noche al sol en tus pupilas,
la noche en la que el alma se te acoda
al tacto imprescindible de la moda,
en donde tus estrellas esmerilas.

*Opacidad. Los árboles en filas
de farolas con luz, sin luz. Es toda
la vida una mentira que acomoda
un eclipse de alturas intranquilas.*

*Se ha truncado el cordel de tu cometa
en la menta del aire y se han teñido
las alas del arcángel en tu meta.*

*Pero aun te queda el triunfo de la duda:
el saber si has soñado o si has vivido
esa emoción que en tu alma se desnuda.*

PLAZA DEL TRIGO

*B*AJO los soportales,
dos canónigos
esperando «la prima»
para ir al coro.

*En el Patín, al sol,
un hombre sucio y roto
dormitando.*

*El chorro
de la fuente...
Y Rey Soto.*

A L F O N S O A L C A R A Z

DÉCIMAS

A UNA ALUCINACIÓN DE OJOS

*P*ARTEN tus ojos veleros
entre mi adiós de sonrisa
a colgar — ansia insumisa —
amores de los luceros.
Con despedida en floreros
de nostálgicas corolas;
con brisa de barcarolas
que en rimas infla la vela;
bonancible afán que riela
en dos azuladas yolas.

Si mágicos palomares,
mensajeras caprichosas;
si jardines, mariposas
y búcaros de azahares.
Y si, siempre, ansia de altares
— adornos de risa el viento —,
pícaros (de atrevimiento
hay en su escudo blasones),
enamoran corazones
con guiños, gracia y contento.

Viajáis como mariposas
de mimos a presunciones
hasta bordar de ilusiones
las palabras y las rosas.
Adorables revoltosas
que dáis dolor de cabeza;
angélicas de pereza,
musicales, cantarinas...
Góndolas y golondrinas
reparten vuestra belleza.

S E G U N D O A L V A R A D O

ESTAMPA

RAMONCITO Y CARMELITA

Tenía los ojos tan grandes como inmóviles. Frescos, vinosos, parecían dos fresas crecidas en un peregrino fresal: no de otra manera serían los de aquel terrible loco que se llamó en la leyenda Don Diego López de Baños. Hasta los niños adivinaban que en aquellas pupilas solo bullía, triunfante y señera, la fantasía desbocada de un ser casi sobrenatural. En fin, y de una vez lo diremos, Ramoncito era el loco de la ciudad, ese loco extraño y peripatético que es acostumbrada flora en las retiradas capitales de provincia y al cual le dedica siempre su mejor soneto el poeta municipal.

Sí, Ramoncito era un redomado orate porque sus pupilas se disparaban emocionadas tras el rastro geométrico de una mariposa en las tardes amables de primavera, junto al parque recoleto del pueblo, entre criadas y niños endomingados; y porque su pecho se rompía en mil armonías al cantar con buena voz y mejor sentido tiernas y extrañas melodías cuando la luna ponía su grano de gracia en las noches hinchadas de verano; y porque en invierno, cual una crisálida delicada, desaparecía de la ciudad para dar lugar a los más raros cuentos; y, en fin, Ramoncito era "el loco", porque ése era el parecer de la ciudad, que oía indiferente aquella cantinela aconsonantada —aquí irreproducible—, entre pícara e ingenua, con que los infantes apesadumbraban los reposados paseos de Ramoncito.

Vivía en la ciudad por aquel entonces una damisela bonita y relamida que atendía por el nombre de Carmela; sin embargo, en los mentideros, las solteritas ajadas y sin novio, plenas de envidia, acostumbraban a llamarla la "Perita en Dulce", así como en los merenderos de las carreteras, donde los hombres, ahitos de vino y de Jácoro, jugaban a la "llave". Hija de la clase media y del vinagre del último siglo, Carmelita se había conmovido tantas veces en la vida, cuantas un galán romántico le había dedicado con mano trémula en su abanico un verso perfecto, a modo de donaire y galantería, de "El que se viste de verde", bonito seudónimo que acostumbraba a usar uno de los mejores vates de la ciudad


para firmar ciertos poemas amorios. Y hemos de añadir, para mejor información del que ésto leyere, que Carmelita se hinchaba como una pava cuando en las reuniones que en su casa se celebraban para deleite de la buena sociedad, mostraba su innumerable colección de abanicos adornados con los ingrátidos versos de "El que se viste de verde" e ilustrados con deliciosos grabados pastoriles o chinescos. Queda dicho, pues, que Carmelita había despertado excesivas pasiones en los juveniles pechos de la ciudad; algún solterón de corazón arrugado también había sentido su sangre alterada al socaire del cuerpo fresco y grácil de Carmelita.

También había adivinado Carmelita una especial deferencia de Ramoncito a su paso. Y si al principio esto sirvió de halago para la damisela, no fué así cuando vió claramente en los ojos del loco una luz que quemaba sus frescas y pudibundas carnes; desde entonces, siempre que vefa al loco, un viento miedoso oreaba el espíritu de Carmelita.

Era una anochecida del mes de marzo. Caminaba Carmelita, tiesa y presumida, por un antiguo callejón de la ciudad. Venía de una de aquellas veladas jugosas en que se jugaba al florón; en que las damas lucían sus tersos cutis, blancos de vinagre, y los galanes presumían de negras melenas; en que aún se criticaba a la reina y señora Isabel II y se admiraba al "Ojo tuerto", jerifalte carlista de aquellas comarcas añejas... Venía Carmelita ahita de comentar la desaparición en las pasadas carnestolendas de una máscara roja vestida de diablo, con un rabo largo, largo: se la había visto la última vez por Pena Vixía... Venía Carmelita, pues, temerosa y con apresurado paso. Y de repente, de un portalón fresco y veraniego, saltó una sombra negra que asustó grandemente a Carmelita. La sombra era un galán, feo y burlado, que quería vengarse de aquella damisela de pelo negro y ojos muy negros: una fina hoja brillaba en sus blancas manos ensortijadas y más aún relucían sus ojos encandilados por la mozueta y por la oscuridad del callejón.

Carmelita gritó y su cuerpo delicado se desplomó insensible en las losas de la rúa. Cuando volvió en sí pudo ver como Ramoncito el loco, arrastraba con un brazo, estrábico y solemne, el cuerpo estrangulado del galán feo y burlado; la otra mano, abierta y ardorosa, buscaba incontinente el pecho, el corazón de Carmelita.

S E G U N D O F. C O V E L O



UN ANUNCIO EFICAZ
RADIO ORENSE

SUSCRIPCIONES DE POSÍO:

3 NÚMEROS, 8 PESETAS

6 NÚMEROS, 16 PESETAS

ENVÍOS A CONTRA REEMBOLSO

PAGO ADELANTADO

Posío representa una nueva manifestación de las actividades artísticas de un grupo de jóvenes orensanos, cuya labor en común se ha resumido en un bello nombre: "Círculo Azor".

Estábamos desembocando entonces -- 1941 -- de las aulas secundarias hacia los caminos de la vida individual. Eran las inquietudes de la reválida, la búsqueda de la vida en sus más diversos caminos. Profesores y alumnos leíamos en las tardes dominicales, pacientemente, nuestros clásicos. Un afán primerizo revoloteaba entre todos. Un asomo de tertulia literaria en el café "Roma" acuciaba al trabajo. Se leían las primeras cosas que hubieron de plasmarse pronto en alguna publicación, y no solo local. Poco a poco el mundo se va abriendo a la labor.

Una serie de coincidencias iniciales hacían más estrecha la amistad nuclear de donde había de brotar "Azor". José Luis Varela, Segundo Alvarado, Alfonso Alcaraz y Segundo Fernández, nutren y sostienen en "La Región" un animoso "Pregón". Allí comenzó la labor. La dificultad hubo de suprimir esta publicación y pronto se pensó en la Radio. Para ejecutarla eran necesarios nuevos elementos. El grupo inicial se completa con Purita Vázquez y se forma el primer cuerpo creador, actualmente fundador de POSIO.

En abril de 1942 Radio Orense emite la primera obra común bajo el nombre de "Círculo Azor" con la lectura de prosa y verso propios. La labor quedaba definida. Y el éxito encuadró definitivamente a Sarita Moure, Tilde Iglesias, Pina Varela, Antonio de Castro Montesinos, Eugenio Ch. Pascual y el pianista Luis S. Malingre, con la entusiasta aportación de D. José Rius Zunón.

La amplitud de la labor señala nuevos horizontes. Muy pronto se pasa a la realización de emisiones religiosas, patrióticas, folklóricas, de poetas españoles, de poetas gallegos (Sección semanal "Musa al Noroeste"), conciertos, teatro radiofónico, etc. La constante actividad exigió la aportación de nuevas colaboraciones: Mercedes Galán, Pilarín Monje, María del Carmen Alaez, María Angeles P. Cornes, Beatriz Santos, Aurita Alvarez, José Mario Astray, Anselmo L. Morais, José Alonso, Pedro Arcas y el pianista Jesús Magariños. La labor continúa intensa y entusiasta remontando nuevos vuelos y esperando la próxima colaboración de Purita García del Villar, Pilar García, Gertrudis Blanco, Amparo Rodríguez y José Angel Valente. Y siempre como apoyo eficaz y sincero la persona amiga y cordial de D. Ramón Puga, Director de Radio Orense.

"Círculo Azor" es hoy todo este grupo de escritores, poetas, seleccionadores, recitadores, actores, lectores, músicos, en fin, un bello nombre que resume la amistad y los desvelos. Una entelequia en vuelo hacia las múltiples expresiones del arte.

De aquí ha nacido POSIO y cuya primera presencia se muestra con esa enamorada mano que lleva aún la huella de la frente creadora.

3

PESETAS

Imp. y Pap. "LA REGIÓN"
ORENSE, 1945.